

Molí vell de la Pineda,
 molinet dels meus amors,
 per reveuret com un dia,
 qué no donaría jo!

Entravam al temps de l'era,
 y tot just sortía 'l sol,
 barranch avall per las ombras
 feyam cap sota del hort.

Si jugavam y si reyam,
 si 'n cantavam de cansóns!
 ¡qué d' estonas á la cenía!
 ¡qué d' estonas dins del bosch!

La Tereseta y la Julia,
 saltant lo marge del hort,
 corrian á trencar l'aygua
 quant encara era alt lo sol.

La roda en sech se parava,
 reganyava dalt l' Anton,
 y á plé enfilall las anguillas
 treyan per omplí 'l sarró.

De cap vespre joguejantne
 saltavam al barranch tots...
 Nit feta entravam á Olesa
 pel caminet de la font.

F. BARTRINA.

EL PROGRESO EN EL SIGLO XIX.

TRADUCCIÓN DE EDMUNDO ABOUT

II

(Conclusión)

UN rasgo característico del tiempo en que vivimos, es la rapidez casi fulminante con que cada progreso se desenvuelve, se completa, se esperece hasta el fin del mundo, y alcanza sus últimos frutos. Me explicaré.

Trascúrrió probablemente un siglo ó más entre la invención del cuadrante solar y la del reloj de arena y de la elépsidra. Entre ésta y la ingeniosa máquina, que, según se dice, fué enviada á Carlo-magno por el califa Haroun-al-Raschid, pueden contarse más de mil años. El reló de pesas, mueble macizo y de transporte difícil, tardó setecientos años en hacerse portátil. El reló de los antiguos tiempos, el huevo de Nuremberg, no se simplifica ni se aplasta más que tres siglos después de su nacimiento. ¡Qué incubación! Hacía más de dos mil años que la brújula estaba inven-

tada cuando Cristóbal Colón tuvo la idea de utilizarla para ir en busca de las grandes Indias. La pólvora de cañón, descubierta en la China no se sabe cuándo, llegó á Europa durante el siglo IV, y hasta ocho ó nuevecientos años después no se fabricó el primer cañón. Del cañón al arcabuz, de éste al mosquete, y del mosquete á las armas modernas la industria caminó tan lentamente que trascurrieron más de tres siglos entre los arcabuzazos que mataron á Bayardo y la invención de revólver Colt. Hace más de tres mil años que se fabrica el vidrio, y los instrumentos de óptica se han perfeccionado con tanta lentitud como las armas de fuego.

Los descubrimientos de nuestro siglo marchan más velozmente.

Y es que antes el inventor era un hombre aparte, cuya misma superioridad lo aislaba de sus más próximos vecinos. Entre él y su tiempo la ignorancia, las preocupaciones, los errores oficiales y casi religiosos, levantaban infinitas barreras. No bastaba descubrir una verdad; era preciso además hacerla comprender á los numerosos hombres que no tenían de ella ninguna idea; era necesario imponerla á corporaciones antiguas y poderosas que fundaban su autoridad en el error; era indispensable, finalmente, hacerla llegar á los puntos más remotos de la tierra, cuando la menor montaña y la más insignificante corriente de agua separaban los pueblos, y la mitad del género humano ignoraba la existencia de la otra mitad.

¡Cuánto han cambiado los tiempos! Hoy todos los pueblos se conocen y se comunican mutuamente. Una idea dá en un mes la vuelta al mundo. El inventor no predica en el desierto; así que pronuncia su palabra, es comprendido por doscientos mil hombres que se hallan al nivel de la ciencia actual, que conocen los datos de todos los problemas y que se apoderan al vuelo de las soluciones. Tan universal es el ardor del progreso, que hasta sucede algunas veces que dos sabios, separados por los mares, coinciden en un mismo pensamiento sin haberse dado la consigna. Esa maravilla quirúrgica, que se llama la ovariectomía, fué descubierta casi á la misma hora en Inglaterra y en Estrasburgo. Los nuevos planetas tienen á menudo dos ó tres inventores (1). Cada progreso realizado viene á ser el punto de partida de nuevos estudios: todos los ardientes, todos los ambiciosos de la ciencia y de la industria acogen el hecho, lo comprueban, toman aliento, y siguen adelante con nuevo ardor. Cada carrera es una

(1) Por un método que le honra mucho, M. Leverrier descubre un nuevo planeta: al mismo tiempo que un inglés demuestra haberse ocupado con éxito del mismo asunto: y mientras que uno y otro inventor exponen sus razones, sobreviene un astrónomo americano y exhibe también sus títulos de verdadero inventor del planeta.

MIGUEL CHEVALIER: *Cartas sobre la Exposición de Londres.*